

Reseña

François Dubet

¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)

Traducción de Horacio Pons. Primera edición. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015. 121 págs. ISBN 978-987-629-582-6

Ana Farber
Universidad Nacional de Lanús

Con este título tan provocativo, François Dubet, director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, reflexiona sobre los mecanismos de representación y producción de la desigualdad en una sociedad como la francesa, en la que existe un Estado Social relativamente desarrollado y en la que no “queda bien” decir que se está en contra de la “igualdad social”, aunque en la práctica se busca la diferenciación y se favorezca lo contrario.

La intensificación de las desigualdades, según el autor, procede de una crisis de las solidaridades, del desapego de aquellos lazos sociales que nos permiten desear la igualdad de todos, incluidos quienes no conocemos. No es que sea fatalmente perversa la globalización, dice Dubet, no necesariamente es productora de mayores desigualdades en el acceso a la vivienda, la salud o la educación, lo que ocurre es que los Estados la manejan dentro de relaciones ideológicas y políticas de complacencia e impotencia frente a la movilidad de los capitales, los paraísos fiscales, el fraude fiscal, la rentabilidad de los capitales.

Al mismo tiempo, señala que cuando más se ahondan las desigualdades sociales, más se estrechan las interacciones entre quienes se asemejan desde el punto de vista económico, cultural y a veces étnico. El problema consiste en que si los guetos de los ricos son producto de una elección, y las clases medias huyen de las zonas consideradas difíciles, al final del proceso, el resultado es la creación de barrios que concentran todas las desigualdades y todas las dificultades sociales.

Así ya no se concibe a los pobres como clases populares explotadas, se los ve como clases peligrosas y extranjeros. El barrio que antes podía definirse como pobre y popular, ahora pasa a ser inseguro y peligroso; estas categorías de juicio se interiorizan con tanta intensidad que sus residentes se esfuerzan por escapar de ellos ni bien pueden hacerlo, para alejarse de quienes son más pobres, más extranjeros, más peligrosos, por lo que ellos mismos participan de los mecanismos que los victimizan.

De las desigualdades de clase, producto de un orden social injusto que atribuía posiciones e identidades, se ha pasado, subraya Dubet, a la conciencia de las desigualdades como características individualizadas que se acentúan y se viven como amenazas subjetivas. Lo importante estaría en diferenciarse de los más desiguales y marcar el rango y la posición porque siempre está la amenaza de ser desiguales y despreciados.

El análisis sociológico muestra cómo, paradójicamente, la extensión del acceso a los bienes de consumo y a los bienes culturales, en vez de haber servido para incrementar la homogeneidad de gustos y de prácticas, ha favorecido el crecimiento de las estrategias de distinción y diferenciación. Cada cual quiere construir para sí el conjunto más singular y distintivo posible, el *look* particular, a fin de cada uno se provea de una desigualdad simbólica que le sea favorable y que aparezca como una dimensión de su personalidad, de su libertad, y por lo tanto de su igualdad fundamental.

Considera Dubet que si bien se han producido avances considerables en la superación de obstáculos y la ampliación del acceso a los estudios secundarios y superiores, la educación, objeto privilegiado de sus estudios sociológicos, sigue siendo una máquina de reproducir desigualdades. La escuela pública, indica, ha sido la portadora de la promesa de justicia social, emblema del principio de igualdad de oportunidades, pero al mismo tiempo que la masificación abrió las puertas de las escuelas, desplegó una competencia generalizada en la cual cada uno se interesa en obtener los bienes escolares más escasos y rentables en el mercado de trabajo. Afirmar entonces que en tanto las antiguas desigualdades escolares se apoyaban en grandes categorías sociales y culturales y en las desigualdades de acceso al nivel secundario, las nuevas se fundan en “pequeñas desigualdades iniciales”, siempre las mismas, pero que suman otras, y se multiplican hasta generar grandes desigualdades al final del camino.

Señala el autor:

“El sistema escolar francés no es elitista porque seleccione elites: todos los sistemas lo hacen y las elites no son vanas. Es elitista porque el modo de producción de las elites rige todas las jerarquías escolares y todo el sistema de formación, y porque determina la experiencia escolar de otros, incluidos los que ignoran la formación de elites...”

“...los que pierden en este juego escolar no tienen ni los recursos ni la legitimidad que les permita hacer valer sus voces. Por eso solo aparecen en el debate escolar bajo la forma de problemas sociales: abandono, violencias escolares, deserciones familiares, etc. De este modo parecen haberse convertido en responsables de su propio infortunio...”

“La economía moral del mérito y la dignidad siempre termina por juzgar a las víctimas, quienes también son juzgados por las clases populares respecto a quienes están situados debajo de ellos. La igualdad y el mérito no son contradictorios. El segundo exige el cumplimiento de la igualdad básica para que las desigualdades sean aceptables...cuanto más se cree que el mérito es recompensado en la sociedad donde uno vive más se estima que las desigualdades son aceptables...”

Dubet pone énfasis en el carácter histórico de lo social; los lazos y los sentimientos de solidaridad no son datos naturales de la cultura aunque se tienda a percibirlos de ese modo. Son el producto de largas construcciones económicas y políticas, pero también de procesos prolongados que terminaron por forjar los imaginarios de fraternidad necesarios para generar las ideas de igualdad. La integración social, sostiene, es un proceso que se basa en el trabajo, las instituciones y la nación, y en estos tres aspectos ha habido grandes cambios.

Las mutaciones experimentadas en el trabajo hicieron que la incertidumbre sea la regla y que existan grupos de individuos cuya pobreza no es el resultado de la explotación sino de la dificultad de ser explotada. Se debilitaron los lazos de cercanía y camaradería en beneficio de redes y de un cuerpo aumentado por las tecnologías. La gran empresa pasó de ser una comunidad de trabajo a ser una disposición de servicios y redes. La regulación de las profesiones de servicio anteriormente autónomas, a partir de los mecanismos de rendición de cuentas, incrementó la presión y el estrés.

Se elaboran permanentes relatos sobre la declinación institucional de la justicia, la educación y la salud, paradójicamente, cuando en Francia, señala el autor, jamás se emplearon a tantos agentes y atrajeron tanta demanda de usuarios. El individualismo institucional hasta ahora centrado en el clivaje entre lo público y lo privado se inclina a priorizar la singularidad y la experiencia personal. Antes la subjetividad debía borrarse detrás del rol, el maestro dejaba sus problemas en la casa, el niño o el joven debían borrarse detrás del alumno. Hoy se observa una profunda inversión de este proceso.

En lo que se refiere a la superposición entre nación y sociedad, ya no es la regla esa identidad. Por consiguiente el relato de la integración y el de la solidaridad se desdibujan poco a poco y con ellos se borra la creencia en el progreso.

En este camino, el planteo del alejamiento del modelo de la solidaridad fundado en la integración lleva a Dubet a pensar en una representación de la vida social basada en otros pilares y para hacerlo se apoya en el concepto teórico de “cohesión social”. Según el autor, la solidaridad no es un estado sino una producción social continua, resultado de las acciones individuales y las políticas públicas que deben incrementar el capital social y confianza, el deseo de vivir juntos, de producir sociedad. Menciona como fundamentos de la cohesión social, el desarrollo del proyecto personal, las capacidades, el capital social, la transparencia y la eficacia de las políticas públicas para movilizar a los ciudadanos en torno a los problemas sociales.

El nuevo imperativo pasa por tener objetivos, proyectos, comprometerse, movilizarse, así como se debe asegurar a todos alcanzar todas las posiciones posibles en función de su mérito concebido como la apuesta de su libertad. Con ello las desigualdades basadas en el mérito resultarían justificables y la injusticia sería la discriminación, el obstáculo ilegítimo que obedece a los orígenes, a la raza o al sexo.

Desde esta perspectiva el papel de las políticas y la acción pública consiste en movilizar a todos los actores interesados, las administraciones descentralizadas y desconcentradas, los representantes de las distintas redes y de la sociedad civil.

Advierte empero Dubet que el modelo de la cohesión social es mucho más frágil que el de la integración, pero en una sociedad que observa el desmoronamiento de los pilares de la solidaridad y que se ve amenazada con el retorno a la tradición es necesario pensar una política de la fraternidad. Cabe aclarar que siempre estos retornos lo son al rechazo de la igualdad de géneros, a la inclusión de los extranjeros, a la democracia y el reconocimiento de la singularidad. A los representantes de la democracia les corresponde movilizarse en torno de los problemas colectivos y las cuestiones sociales.

La nueva fraternidad que no depende de la religión ni de la nación debe sostenerse en una actividad “inmanente, pragmática y obstinada”. La construcción de una fraternidad es un trabajo social y político continuo que debe producir una nueva representación simbólica de la vida social.

Es necesario construir democráticamente una sociedad plural donde las culturas y los individuos esperen que se los reconozca como autónomos y singulares a la vez que las escenas permitan decir lo que tenemos en común, a fin de sostener los lazos de fraternidad que necesita la vida en sociedad.

En este nuevo libro, Dubet nos propone un análisis social de las representaciones de la desigualdad que nos acerca a problemáticas comunes a pesar de las diferencias de los entornos sociales y de la diferente implicación de los ciudadanos en la política y los problemas sociales. Las alternativas que propone en torno a la “cohesión social” nos remiten a la tradición sociológica y, a sabiendas de esto, insiste en que este concepto no debiera ser considerado un “retorno al liberalismo”.

Sin lugar a dudas nos abre interesantes interrogantes, fructíferos para seguir pensando cómo acercar desde el pensamiento social alternativas para fortalecer la acción política a fin de ampliar la democracia y asegurar la justicia social.